

# Relatos de sobremesa

Josep Eixerés Ros  
Barcelona, mayo 2020

Marcan las dos en punto y Juanto ya asoma por la puerta, como es el primero en llegar, también es el primero en dejar el nido cuando el hambre apremia. A partir de entonces, el resto ya empieza a insinuar su desfile hasta la puerta. Cualquier excusa es buena. Mientras tanto, Flora sigue impasible ante su ordenador, no parece inmutarse ante los movimientos de los infantes por conseguir llegar a la puerta. Blanca, empática como ella misma, decide acompañar a Flora durante unos minutos más, aunque la compañía resulta un tanto efímera. Al otro lado, Holger y Roberto, al estar más cerca de Juanto, perciben enseguida la hora de marchar y, tras una despedida, se dirigen hacia el vestíbulo tras recorrer el largo pasillo lleno de libros que nos acompañan cada día. Lo más probable es que Samuel ya haya abandonado su oficio, ya que, mientras el resto juega al despiste, él ya ha tomado la iniciativa y se convierte en la sombra que se diluye tras el primo. Beth, en cambio, se une al club de la resistencia y decide esperar un poco hasta que Blanca muestre signos de debilidad y retome el camino que han ido siguiendo los demás. ¿Qué curioso, no, las chicas trabajando más de la cuenta? Carme sigue imbuida en sus pensamientos y se retira a sus aposentos para reflexionar. Por último, yo no he podido resistir a mi instinto y me dirijo hacia la cocina, donde me espera un plato de macarrones que se repite día tras día.

Con el estómago lleno se piensa mejor, y quien diga lo contrario miente. Dicho esto, se inicia la expedición del día, totalmente improvisada, que me llevará a revelar algún rincón por descubrir de la ciudad. Con mi mochila, un cuaderno y un bolígrafo estoy preparado para afrontar el desafío con éxito.

Salgo a la calle, cruzo la procesión de coches que suben y bajan indistintamente y empiezo a sentir el frío de noviembre, es por ello que voy a la caza de los últimos rayos de sol que se filtran entre los edificios de la longeva Rambla Catalunya. Una vez ubicados, busco algún banco que esté bañado de luz, ardua tarea en un lugar tan concurrido. Por fin me siento, y saco mi libreta y el bolígrafo, apunto y disparo. He aquí el resultado.



Tras mi primera aventura, decido continuar el camino recorriendo el lugar en busca de un espacio que me devuelva a la tierra, y que permita evadirme del bullicio de la ciudad. Por fortuna, encuentro los jardines del Palau Robert, muy cercanos al estudio y que se convertirán en uno de los lugares más frecuentados durante este tiempo, en el que, aparte de dibujar, he podido disfrutar de lecturas agradables.



Otro de los rincones fantásticos que he descubierto, gracias al consejo de Ismael, ha sido el patio secreto que oculta la tienda Olokuti, en pleno corazón del barrio de Gracia. Tras su vegetación se esconden conversaciones pasadas que acompañaron al lugar. Además, es un sitio ideal para tomarse un café y escuchar el cantar de los pájaros que revolotean por los árboles.





Unos pasos más, descendiendo por el Paseo de Gracia, y nos encontramos en medio de Plaza Cataluña. Aquí el silencio y el descanso han desaparecido. Y los pájaros que cantaban se han convertido en palomas gorjeando entre el tumulto de gente, defendiendo el monumento a Francesc Macià que rige la composición. Sin duda, un lugar de paso, en el que no apetece a quedarse por mucho tiempo.



En búsqueda de un nuevo refugio, ascendiendo por la calle Muntaner hallo los jardines de Muñoz Ramonet, con su lámina de agua rehundida que se convierte en el reflejo de la vegetación circundante. La aparición de unas sillas que permiten moverse convierten el espacio en un lugar flexible, capaz de adaptarse a las distintas circunstancias que van surgiendo a lo largo del día. Encontré mi rincón dentro del jardín bajo la sombra de una pérgola enfrentada al agua, observando la pequeña estatua que protege este espacio tan acogedor, dentro de una trama que dificulta la aparición de estas sorpresas verdes.



A continuación, mostraré el recorrido que realicé por varias plazas del barrio de Gràcia y que inician su andadura en la Plaza Narcís Ollers, lugar de reunión para tomarse unas 'cañas' después de una jornada intensa. Allí, un gran árbol rodeado de pequeños bancos se han adueñado del lugar, protegiéndolo con una gran sombra.





Si seguimos por la calle del Dr. Rizal y torcemos a la izquierda, llegamos a una pequeña plaza llamada Placeta de San Miguel, aquí las sillas no son móviles, pero si los son los libros que aparecen sobre ellas. Es por tanto, otro lugar más de la ciudad donde dejar llevar nuestra imaginación.



Avanzando un poco más, llegaremos a la plaza de la Villa de Gracia, un espacio más aireado que reúne a la gente en sus terrazas. Allí los niños corren detrás del balón, que da vueltas a la torre del reloj que preside el centro.



Si abandonamos la plaza por la calle de Mariana Pineda, llegaremos a la Plaza del Sol y, como su nombre indica, es un lugar ideal para tumbarse en el suelo y disfrutar de un baño de sol mientras se escucha a unos jóvenes músicos interpretando canciones de los Beatles.



Por último, toca volver al estudio y el camino directo pasa por vía Augusta, un espacio en el que, a pesar de disponer una banda central donde poder descansar, dista mucho de los espacios que hemos ido viendo anteriormente y se asemeja más a aquél espacio ocupado por las palomas que en esta ocasión tienen ruedas.



Termina aquí el viaje, un recorrido lleno de experiencias enriquecedoras y momentos que a veces cuesta expresar con las palabras y que un dibujo es capaz de comunicar. Unos dibujos que guardarán los recuerdos con el paso del tiempo, tal y como aquel patio en Gràcia guardaba la memoria del lugar. Gracias.

